



Al poco tiempo de iniciar nuestra tarea pastoral en la congregación a la que pertenezco llegaron al grupo dos hermanitas. Una de ellas era especialmente tímida. De esas chicas que muy probablemente también estén presentes en tu experiencia pastoral. Usaba anteojos y muchas veces me vi tentado a golpear los cristales con la punta de mis dedos para cerciorarme si había vida del otro lado.

Experiencias paleontológicas

Durante meses, buscamos con mi esposa Daniela como caerles simpáticos, como iniciar una relación que vez tras vez parecía bajarnos la persiana frente a nuestras narices.

Hasta que un día, el menos pensado, una clave nos bajó desde el cielo... ¿o emergió desde profundidades sepultadas? Sea como sea, un día nos dispusimos a jugar a dígalo con mímica y al llegar el turno de esta muchacha mi esposa se acercó a su oído y mencionó el título de la película que debía graficar con sus mímicas. Ella se paró tímidamente (como no podía ser de otra forma) y simplemente puso sus manos frente a si con los codos doblados mostrando al público dos dedos de cada uno de ellas en forma de garras muy poco aterradoras. Su cara era inexpresiva como siempre y solo atinó a hacer el movimiento que acabo de describir. Mientras nosotros cambiamos miradas de incredulidad con mi esposa, de entre el público, su hermana no tardó ni segundos y gritó con toda su voz: ¡Jurassic Park!



Del asombro al contacto

Sin salir del asombro interrogamos a las dos hermanas sobre cual era la clave para semejante entendimiento. Ellas nos explicaron que la mímica era muy clara: Aquellas eran nada más ni nada menos que las garras de dos dedos del velociraptor. Pudimos observar como aquella chica tímida cobraba vida con solo tocar el tema de los dinosaurios. Ese elemento y la dedicación de tiempo nos permitieron mejorar y profundizar la relación... Descubrimos que en el jurásico había vida.

Cavar en el lugar correcto

Buscar puntos de contactos, puertas a la relación, es una de las tareas más desafiantes del ministerio juvenil. La historia de Jesús con la mujer samaritana nos enseña que ese punto de encuentro siempre está en el mundo del otro y que el reto es buscarlo.

Muchas veces nos acercamos al otro desde nuestro propio universo. En especial, en el trabajo con adolescentes, esto implica muchas veces un arribo desde nuestra visión adulta: *No te vi el otro día en la "santa cena". El otro día tu papá me comento que... ¿Cómo te va en la escuela?*

Nos acercamos desde intereses de adultos, desde nuestras demandas. La puerta a la relación rara vez se encuentra en ese campo. Debemos buscar en el terreno de las vivencias y los gustos del otro.

Pedir agua a quien tiene con que extraerla en el preciso momento que viene a sacarla del pozo, tomarse el tiempo para contestar las preguntas que se nos hacen y no las que yo quiero que me hagan, preguntar por la familia, revelarse no desde nuestro apuro sino desde los tiempos del otro... He ahí la maravillosa estrategia de Jesús para producir el encuentro.

Atención y dedicación

Prestar atención es otra vez la clave... y para esto es muy importante que me pueda poner en los zapatos del otro. Abandonar el trono de mi propio mundo y acercarme al universo del otro con el deseo amoroso de comprenderlo y servirlo... Suena a Filipenses 2... ¿no?

Hacia la acción:

¿Dónde se encontraran esas puertas que me permitan establecer puntos de contacto con mis adolescentes?
¿Dónde no habré prestado la atención necesaria?

